
Complicidad con el tiempo

Obligaciones del Poema en la Tarde de Adams Morgan

*Hoy (afuera están conspirando la primavera y el viento),
día 6 de mayo de 1985,
a las 6 de la tarde
y en el lugar donde la selva oculta las casas de Adams Morgan,
declaro (para mí mismo y para las personas que nos hemos hallado)
una tregua,
y me siento a disecar estas horas baldías
y a recorrer, caminando como los cangrejos, los pasillos del tiempo,
los tenues laberintos de un pasado más vivo que el presente
y más, pero mucho más vivo, que ese futuro enemigo de mostrar la cara,
embozado (¡vaya tarea tonta!) para impedir el descubrimiento
de sus verdaderas, y siempre malas o absurdas, intenciones.*

*Quisiera que el poema afirmara la persistencia de estas verdades pequeñas;
que fuera un reloj sin manecillas y sin números;
un calendario sin fechas;
la memoria de una fiesta intemporal;
el esfuerzo para detener, sin razón valedera, un momento preciso;
un juego, irrespetuoso e ingenuo, para entretener al campeón de ajedrez
y a su cohorte de enanillos siniestros.*

*Una tregua (en todas las guerras decentes las hay) no significa una retirada.
Seguimos empeñados en esta batalla contra nada y contra nadie...
«Sólo el absurdo nos hace vivir... sólo el absurdo...»*

Mi amigo que recorre el Mall piensa en el Olimpo

*Reconozco que este verano amazónico,
instalado entre los monumentos
de mármol inmutable
y recostado, como fiera domesticada,
a los pies de un Lincoln que reposa
y sólo muestra su tensión espiritual
en las manos aferradas*

*al sillón marmóreo y romanizante,
no es el tiempo más adecuado
para hacer planes y, sin embargo,
mi amigo los hace
a las orillas del Mall,
mientras la tarde produce
estertores violeta, cobijada por las nubes
decoradas por un sol venido de Tabasco.*

*Dentro de poco, los cocuyos, las chicharras
y todas las creaturas de la noche tropical,
recrearán, entre mausoleos e iglesias del gótico victoriano,
Un momento de la selva,
el instante intranquilo roto por la luna
que se coloca, obediente a las órdenes de la NASA,
sobre el Washington Monument
y es victimizada por las legiones fotográficas
del Japón industrial y vendedor.*

*Los proyectos de mi amigo son confusos
y, sin embargo, sus referencias son precisas.
Piensa en la angulosa aristocracia
de un Basil Rathbone sarcástico;
en la corrección suburbana de Walter Pidgeon,
cuya esposa, Greer Garson, cultivaba rosas
bajo las bombas alemanas
y los angustiados reflectores de Ramsgate y Dover.
Piensa en los ojos de Monty Clift
esperando el tajo prematuro;
en la celeridad neoyorquina
de un James Cagney hecho para el triunfo.
La cercanía del Vietnam Memorial
con sus tres soldados inauditos,
fatigados, tan lejos de la épica,
descompone sus proyectos
y la noche que hace su «fade in»
con precisión de Lubitsch,
le presenta la imagen de John Barrymore
con sus cirrosis de la calle 39
y su Ricardo III manierista, enfurecido
y, tal vez, demasiado vulnerable
(en un rincón de la noche, el vampiro
y el ratón de Ray Milland
ofuscan su carrera de escritor
con tres novelas en la cabeza).*

*Mi amigo ordena sus ideas
y se inclina por Clark Gable derrotado e irónico
al lado del desasosiego de Marilyn Monroe.
Sin embargo (como es mi amigo debo saberlo),
a la luz de esta luna vulnerada,
parece un Vincent Price vocalizando terrores
o un Peter Lorre expuesto a la mirada rota
del Cónsul de su Majestad Británica
en la Ciudad de Cuernavaca,
Capital del Estado de Morelos.*

Poema en verde

Para Anamario Pinto

*Por la ventana,
el verde
asoma
sus manos enormes.*

*Los azules,
los morados,
el rosa de los niños
y el gris para los ojos,
retroceden sin prisas.*

*Aquí se instala el verde,
infante deslumbrado del verano.
El sol le da
un rostro para cada hora,
lo azulea la luna
y la neblina le forma
sombras, claros
e imprecisos perfiles.*

*Anamario, te veo
con estos verdes nuevos
en las manos.*

*La precisión de tus objetos
y sus colocaciones
va buscando
la armonía inusitada
que cada día inaugura.*

*Aquí:
los vasos de la madrugada,
los jarrones,
la cerámica para los labios;
las flores vivas
y las secas
aún más vivas;
la permanencia de las repisas;
los objetos pequeños
construyendo
el aura de la casa.
Tus amuletos
aseguran
la complicidad con el tiempo.
Los veo: hay cardos,
vainas amarillas,
flores que han tomado
el color de las páginas
del libro;
cajitas, botellas con esencias
desconocidas
o con un vacío
colmado de presencias...*

*Estás ahí,
habitando
ese mundo
que ordenas
y te ordena
y está el verde,
Anamario,
abriendo las ventanas
y el alma —las almas—
de la casa
saliendo a recibir
el viento nuevo.*

HUGO GUTIÉRREZ VEGA